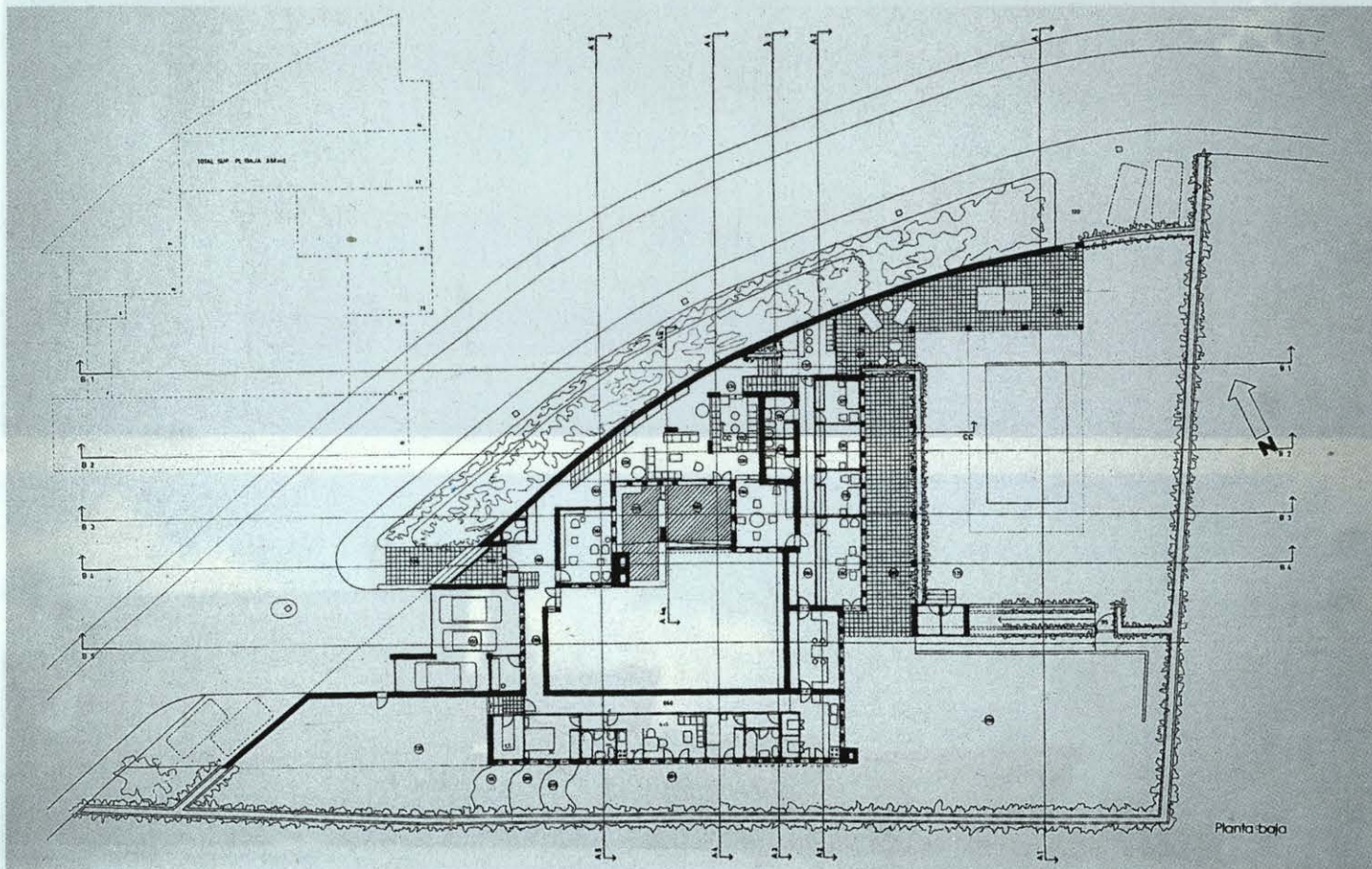


Casa Echevarría

Arquitecto: Francisco J. Sáenz de Oíza
Madrid. 1972

Antón Capitel



Gusta Oíza con frecuencia de actuar sobre un pie forzado. De buscar en el terreno, o de fijar a priori y por sí mismo, un fuerte condicionante capaz de iniciar el proyecto de una construcción, para que luego pueda proseguir con la máxima libertad posible a pesar de respetar esa limitación primera. Se trata, desde luego, de un gusto muy propio de los arquitectos, que no estiman el lienzo blanco y totalmente libre de los pintores, pues prefieren el ejercicio de su arte como algo condicionado. Pero supone también la aceptación de un desafío mediante la promesa de un ejercicio de virtuosismo. Dame una línea fija, un gesto previo, y haré lo que queráis, parecía decir Oíza al iniciar algunos de sus proyectos en la época de madurez, como si emulara la evidencia de Arquímedes al prometer el movimiento del mundo si se le daba un punto de apoyo.

Y así la Casa Echevarría, uno de los primeros trabajos en que un tal punto de partida fue buscado y el primero en que el pie forzado era una línea curva convertida en un muro. Las viviendas

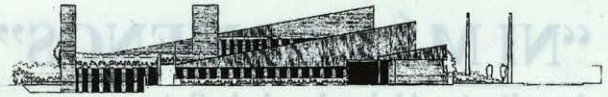
en la M-30, Casa Fabriciano, Torre Triana, tuvieron también esta condición de directriz mural curva y previa.

En la Casa Echevarría, el muro es la traslación paralela de la linde curva del solar para llevarla a la distancia donde las ordenanzas permiten construir. Pero la casa, que acepta ese muro como cierre continuo y absoluto, casi ciego, no participa sin embargo de su geometría, cuya curvatura permanece aislada sin participar ni directa ni indirectamente en el resto de la casa. Para éste, se ha buscado otra geometría distinta que, en su radical diferencia, permite precisamente la perfecta compatibilidad con el gesto original. Este queda así tan asimilado y aceptado como absolutamente ignorado. Y ahí la lucidez del método.

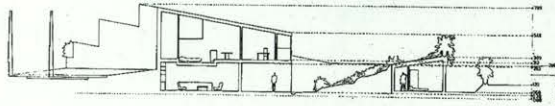
Pero la geometría ortogonal que, siguiendo otro pie forzado secundario, el paralelismo con otra linde recta, construye con la curva la Casa Echevarría no es abstracta, sino que contiene además una poderosa idea capaz de protagonizar la construcción en competencia y contrapunto con el no menos poderoso muro. Esta idea es la de una casa patio, aunque no



Sección longitudinal



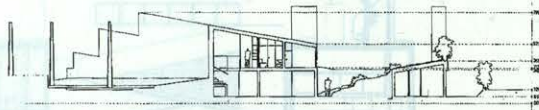
Alzado este



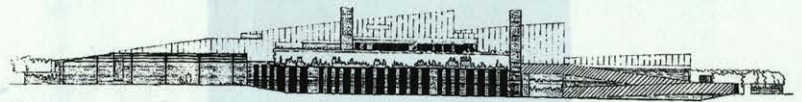
Sección transversal



Alzado oeste



Sección transversal



Alzado sur



muy nítida, sino ambigua y mezclada, en la que parece adivinarse, al menos en algunos de sus matices, un cierto homenaje a la Casa Huarte de Corrales y Molezún. La casa, de complejo programa, mira en parte hacia ese patio que disimula su crujía opuesta, disfrazándola de terreno, y mira también hacia otro patio abierto al jardín y dotado de pórtico: es como un peristilo incompleto, pero suficientemente claro, que apoya con su existencia la matriz clásica de la casa, segunda de las ideas, como dijimos, de entre las diversas en las que se basa ésta.

Dicho lo anterior, puede observarse el sabio juego que se ha establecido entre el muro curvo y la geometría ortogonal de la casa, pues aunque se integran ambos para constituirla lo hacen apurando al máximo su independencia: apenas se tocan; sólo lo hacen en lo estrictamente necesario. En la planta baja, los espacios de estar, unidos a la circulación principal, alcanzan la amplitud suficiente para poder ser espacios mixtilíneos; y en la alta, dicho papel lo hace la circulación,

dejando en diente de sierra el borde de las habitaciones.

La integración definitiva de ambas geometrías se realiza mediante las cubiertas, concebidas como grandes gestos de una sola aguada; esto es, a la manera que inició Jacobsen y que vuelve a recordar a la arquitectura de Corrales y Molezún en los años sesenta.

El resultado, como el método, es original, atractivo y complejo, conteniendo la densidad de ideas y recursos que caracteriza la arquitectura de su autor, casi nunca comprometido con una idea pura y nítida, al menos, desde la etapa orgánica, sino con la yuxtaposición y combinación de varias de ellas.

Y dan la prueba, una vez más, de que en la carrera de Saénz de Oíza no hay obras menores, ligeras: todas ellas son densas y apretadas, intencionadamente intensas, dicho ello al margen de la fortuna que cada una de ellas pueda merecernos. Todas ellas son ocasiones para la reflexión acerca de los contenidos, de los métodos y de los recursos arquitectónicos; todas, afectadas por la irrefrenable pasión del brillante maestro. ■